
3 1761 06577865 6

ENRIQUE DE VEDIA
Rector del Colegio Nacional de Buenos Aires

# JOSÉ MANUEL ESTRADA

CONFERENCIA PÚBLICA
DADA EL 16 DE JULIO DE 1904 EN EL COLEGIO NACIONAL
DE BUENOS AIRES

*Publicación especial de la revista* ESTUDIOS

BUENOS AIRES
IMPRENTA Y CASA EDITORA DE CONI HERMANOS
684 — CALLE PERÚ — 684

1904

ENRIQUE DE VEDIA
Rector del Colegio Nacional de Buenos Aires

# JOSÉ MANUEL ESTRADA

CONFERENCIA PÚBLICA
DADA EL 16 DE JULIO DE 1904 EN EL COLEGIO NACIONAL
DE BUENOS AIRES

*Publicación especial de la revista* ESTUDIOS

BUENOS AIRES
IMPRENTA Y CASA EDITORA DE CONI HERMANOS
684 — CALLE PERÚ — 684

1904

# JOSÉ MANUEL ESTRADA

---

Exmo. señor,
Señores :

Exceptuando algunos nombres de batallas por la libertad propia ó ajena, y en mayor número por ésta, sólo guarda nuestra historia, de positivamente honroso, el recuerdo de ciertos hombres que por el talento ó la virtud ciudadana son hoy, para nuestro espíritu, verdaderas compensaciones de muchos errores que la torpeza, la ignorancia ó la maldad nativa engendraron.

Y así, entre el dolor que el recuerdo de la anarquía, del caudillaje, de la tiranía nos produce, surge, como un consuelo, el núcleo de hombres que abandonando las lides del egoísmo político en aquellas épocas y en las posteriores, y substrayéndose al letal contagio de nuestras grotescas luchas intestinas, sólo vivieron la vida de la idea, sólo lucharon por los triunfos pacíficos de la razón y sólo tuvieron, podría decir, por único egoísmo el de hacer el bien, para tener el inefable goce de haberlo hecho.

Son las almas blancas de nuestra historia; son el verbo divino encarnado en el hombre de bien; son, en cada caso, los verdaderos voceros del futuro, que han cruzado la vida lejos de los campos de batalla sembrando ideas y sembrando amores y son los que en el reparto de glorias quedaron siempre olvidados ó excluídos porque no podían reclamarlas levantando en alto una espada que chorreara sangre.

Han vivido en el gabinete del estudioso, ajenos á la fruición de una « carga sable en mano », pero en cambio fueron cruzados del derecho, de la justicia y de la paz, y si no han dejado, por lo mismo, deslumbrantes páginas de glorias guerreras, nos han legado luminosos libros que á hurtadillas, acaso, se leen ya que no forman en los catálogos del exotismo literario que nos nutre y nos europeisa.

« Mientras unos pelean, otros piensan », se han dicho y han pensado y han escrito como altos profundos pensadores.

Larga es felizmente la lista, y dignificantes ejemplos la componen; virtuosos sin mácula en la actividad en que vivieron; altruistas sin reservas en la amplia religión de sus ideas; fecundos y proficuos en el esfuerzo por inspirarlas, — que no está el beneficio en pensar bien y en sentir mejor y en expresar lo que se piensa y lo que se siente, sino en inspirar á los demás nobles sentimientos y elevados ideales.

De aquella lista se destaca, por sus tonos viriles y por sus ideas sanas y por sus formas impetuosas, la noble personalidad de José Manuel Estrada, á quien, á falta de otros títulos, que los tenía con exceso, bastara, en su época y para este acto, la condición de rector de este colegio, histórico por su tradición é histórico también por haber tenido la ilustrada dirección de aquel gran ciudadano en cuyo caso se observa una recíproca integración rara vez coincidente y en pocas como ésta : al renombre de este colegio le faltara Estrada si no lo hubiese tenido y el de Estrada se completa con su actuación en él.

La acción de los funcionarios públicos, en tésis general, adquiere perfiles radiosos ó se obnubila en opacidades brumosas, no tanto por el esfuerzo propio más ó menos adecuado, cuanto por las circunstancias que determinan, estimulan ó deprimen la intensidad de la energía puesta al servicio del respectivo cargo — á la manera en que el valor y la pericia de un soldado sólo puede exteriorizarse sobre el campo de batalla y no en las serenas horas de una tranquila paz, — pero con Estrada no rige este principio, porque cuales fueran las condiciones en que actuó, era tan alto el ideal, era tan poderoso el impulso y tan intensa la fe que lo alentaba y tan hondo el altruismo de su propósito educador y tan fecunda su pasión de estudioso, que en la calma ó la borrasca, en las horas apacibles de su apostolado ó en las turbulentas en que le cupo actuar, su palabra fué un iris, su ideal una amplia y blanca bandera y sus esfuerzos tendieron siempre á una conquista intelectual ó moral.

Su nombre no figura en las listas de los batalladores que en *Cepeda* retardaban, acaso, la hora de nuestra organización definitiva ; pero quizás influyó en las ideas de la época con su primer voto de niño, encerrado en aquel opúsculo que escribió á los 17 años, titulado *Signum Fœderis* y del cual dice su biógrafo el doctor Garro :

« Para apreciar esta producción del señor Estrada debe tenerse presente que la escribió cuando Buenos Aires se hallaba en guerra con la Confederación, y que su objeto visible fué hacer un llamamiento á los sentimientos de fraternidad y evitar que argentinos derramasen sangre de argentinos en los campos de batalla, propaganda que había empezado y mantenido con elocuencia y altura, en las columnas de *Las Novedades* y *La Paz*. « Es necesario, decía Estrada y lo decía á los 17 años ! inocular en el corazón del pueblo la máxima de la hermandad ; es necesario gravar en su conciencia estas

doctrinas : La solidaridad argentina debe ser una verdad. — Todos nosotros representamos una sola idea y una sola personalidad ante el mundo. — Nos necesitamos unos á otros, porque nuestros intereses están ligados por incorruptibles vínculos de sangre. — Tiempo es ya de abandonar las mezquinas teorías del provincialismo. -- Las tradiciones todas son comunes, lo mismo los dolores que las epopeyas gloriosas. — Es necesario la unidad de esfuerzos y la comunidad de sentimientos. — Somos una sola entidad universal. — El que es amigo ó enemigo de Buenos Aires, lo es de toda la República.—El crédito y el descrédito, la garantía y la viabilidad son comunes. — Divididos, nada importamos ; somos una farsa de República. — Por más que Buenos Aires avance en el glorioso camino del progreso, mientras todas las provincias de la nación no avancen á la par, el extranjero sólo verá en nosotros un mal plantel de sociedad. — Buenos Aires se debe á sus hermanas como éstas á él ».

Estos conceptos regularon su propaganda de publicista y de sociólogo en fecunda actividad. porque Estrada pensaba y escribía, estudiaba y escribía, observaba y escribía, apartándose asi de las formas comunes en esos eruditos que pasan la vida en los grandes centros de alta cultura, cambiando ideas en el breve circulo de sus iguales, satisfechos de no hacer mal á nadie, pero indiferentes al afán de hacer el bien á los demás por la propaganda asidua en las varias formas que las ideas sanas pueden y deben ser divulgadas.

Nació Estrada al afianzarse la tiranía y fué como el heredero de toda una tradición de cultura social que se extinguía ahogada entre las garras del despotismo. La moral cristiana, en que se modeló el alma de la primera sociedad porteña, tuvo en Estrada su más alto exponente y fué, con lealtades y sinceridades inmaculadas, un fervoroso creyente que colocado entre el crepúsculo enrojecido de una época y la aurora

caliginosa de otra, luchó como el hebreo antiguo que ponia con una mano las piedras del templo y blandia en la otra la defensora espada.

¿Fué intransigente? en las intransigencias de la moral; ¿fué inexorable? en las las severidades del deber; ¿fué impetuoso? en los férvientes impulsos del civismo; ¿fué agresivo? en la noble defensa de su credo; ¿fué apasionado? en el amor al bien.

Por eso su memoria crece en el tiempo, como crece y se dilata y se agranda la nube de perfumes que se eleva de la pira.

Como rector de este colegio ofrece un ejemplo único por más de un motivo; pues no sólo se requiriría, para imitarlo, su talento innato, su integérrima moral de hombre y el estupendo poder de asimilación que su inteligencia reveló, sino la analogía de épocas, y esto es más difícil de encontrar.

El cuadro ha cambiado hasta desconocerse. La llaneza social se ha pervertido por la incorporación violenta y diaria de poderosos factores de relajación individual y colectiva; nuevas formas superficiales pero deslumbradoras, como las capas deleznables del talco, han reemplazado á los hábitos modestos y sencillos que antes regulaban la vida de la sociedad; los hombres-niños han tenido que ceder el sitial á los niños-hombres, porque las exigencias angustiosas de la vida actual efímera y vana reclaman energías que es preciso sobreexcitar para que actúen al nacer y es necesario apresurar su alumbramiento y es indispensable ganar tiempo al tiempo y es urgente que el niño sea prematuramente hombre, aun á costa de que el hombre sea prematuramente decrépito.

Los ideales, los procedimientos y la índole intima de nuestra sociedad han cambiado en pocos años y diariamente se modifican: antes, y no me refiero á una época remota, habia en acción algo como un instinto superior hacia el mejoramiento colectivo, hoy se descubre en la mayoría de los casos

un exclusivista propósito de mejoramiento personal; las impaciencias turbulentas pero sanas del civismo han cedido el puesto á las acomodaciones calculadas en beneficio propio; la alta cultura de nuestra aristocracia positiva se ha diluído en el enorme caudal del extranjerismo que nos ha invadido con abigarradas formas, con exagerados apetitos y al ideal de vivir para la patria ha sucedido el ideal de los que viven para si.

Este es el momento en que los hombres como Estrada debían aparecer y actuar, porque en la hora en que las sociedades como la nuestra evolucionan sin rumbo, es más intensa la necesidad de esos grandes apóstoles de las masas, de esos grandes voceros del futuro, que trazan los caminos más rectos, fijan las rutas más amplias y son en definitiva las verdaderas brújulas que marcan el norte, á las sociedades progresivas que, á sus impulsos, al marchar adelante se afirman y al afirmarse se yerguen transformadas en cuerpos políticos de sólida estructura moral.

Quizás el mismo evolucionismo del presente, en su rara intensidad, excluye entre nosotros la aparición de esos hombres superiores ó los absorbe en el raudo oleaje que lo informa, ahogando tal vez sus gritos como los chasquidos de la tempestad ahoga los del piloto en la maniobra salvadora; pero fuera de la política militante, y con rara excepción asimismo, no se descubren actualmente los grandes maestros de la juventud y de las multitudes y fuera de la acción periodística, todas las altas tribunas de la enseñanza y de la educación están mudas y los graves problemas de nuestra vida orgánica, las cuestiones trascendentales de nuestra existencia económica y política se diluyen entre los comentarios de la chismografía social.

La sociedad, el país tiene el derecho de reclamar de sus pensadores, con el ejemplo dignificante de Estrada, una parti-

cipación activa en la discusión de las cuestiones fundamentales que lo agitan y es necesario proclamar ese derecho en todo momento, para sacudir así la apatía en que parecen vivir ajenos á las palpitaciones, ó á las tribulaciones acaso del alma colectiva.

El momento actual es propicio porque una nueva faz de nuestra evolución asoma.

En sus grandes lineamientos nuestra sociedad ha pasado diversos grados del evolucionismo en que al azar se desarrolla y que marcó su punto inicial con la escisión entre godos y criollos allá en las postrimerías del coloniaje español. Desalojados los godos, ó si se quiere triunfantes los criollos, un grave problema social los separa y quedan tendidas las líneas entre federales y unitarios hasta que dueños aquellos del campo, asoma el porteñismo y el provincialismo que tuvo en Estrada su más fuerte impugnador.

La leyenda de aquel predicador del pais de Gales que vió en la cumbre de un cerro á un monstruo pavoroso cuyas formas se modificaban á medida que se acortaba la distancia hasta advertir que el entrevisto monstruo era un hombre y luego que este hombre era un hermano, se reprodujo entre provincianos y porteños y estas dos calificaciones antagónicas mutuamente se anularon.

Constituida nuestra sociedad en unidad orgánica se formaron los partidos políticos acaudillados siempre por un prestigio ó por un egoísmo personal y de ahí que tuvieron una existencia fugaz ó inestable.

De ellos decía Estrada: ... « Los partidos de América! Preguntad á cada cual: ¿qué tienes en tu mente ?... Nada ! ¿ Qué tienes en tu corazón ? ... Una concupiscencia y un odio! Oh ! si, señores, veo sombras siniestras en el horizonte de América ! ».

Intereses de carácter general y cuestiones sociales y econó-

micas cuya trascendencia no es posible predecir, dejan pensar que los partidos políticos de aquella índole han hecho su ciclo y que nuevas formas reemplazarán á aquellas á condición, cuando menos, de que surjan los que han de modelarlas.

La heterogeneidad de nuestra sociedad los exige de especiales condiciones porque también necesita plasmarse dentro de formas especiales.

Por esto digo que el momento es propicio para que surjan los predicadores y los maestros de la hora actual, los que han de fijar los rumbos del futuro y sobre todo los que han de imprimir el verdadero carácter del espíritu nacional que en los últimos tiempos ha sufrido un retroceso.

Ardua será la tarea, lo comprendo, ya que en cualquier actividad análoga surgen dificultades que no siempre pueden ser removidas y que precisamente, emergen del cosmopolitismo de que estamos sobresaturados.

¿Quién osaría hoy sentarse en la tribuna que Estrada ocupó con sus lecturas sobre historia nacional?

Sin los altos timbres de su oratoria erudita y culta, existen acaso los que podrían ocuparla y no estaría en ello la osadía sino en desafiar la indiferencia de un público cuyas inclinaciones notorias lo arrastrarían seguramente hacia opuesta dirección.

En cierto modo este hecho se explica: para disertar sobre historia nacional es menester que el espíritu de la nacionalidad exista y todos ustedes saben que en nuestra población actual hay 50 °/₀ de extranjeros que poco se interesan en los episodios de nuestra historia patria. Si se trata de disertacio nes científicas el ausentismo se explica más fácilmente: cuando no se estudia no se entiende y cuando no se entiende no se escucha.

Y si hubiera de referirme á disertaciones sobre sociología argentina me vería obligado á decir que ellas son todavía

imposibles, — no tanto por la ausencia de auditorio, esto es secundario! — sino por la falta absoluta de disertantes, ya que todo el aprendisaje que en materia sociológica revelan nuestros eruditos se refiere con invariable dedicación á los interesantes fenómenos que ofrecen en la materia Estocolmo... San Petersburgo... Buda Pest... Tokio...

Para triunfar sobre semejante apatía y sobre semejantes idiosincrasias se requiere una profunda fe en la propia acción por lo mismo que ésta debe tomar los caracteres de un apostolado.

Estrada tenia esa fe y no tuvo que desafiar quizás los agravios del indiferentismo porque le cupo actuar si no en una sociedad de coexistencia positiva, en una sociedad que apenas se iniciaba en el período evolutivo que hoy se culmina y que Estrada entreveia y predecía con estas palabras de infinita amargura: « Ya veis que entraña un extremo peligro la atmósfera artificial que comienza á envolver la sociedad argentina. No negaré que tiene seducciones. Despliega las perspectivas de la fuerza y los deleites que conmueven los resortes más impuros de la naturaleza humana; y se disfraza con las apariencias de un interés elevado por el interés general. Pura paradoja, señores! La acumulación de apetitos no es transformable en virtud. El amor de la riqueza es por esencia y fatalmente egoísta, y puesto que el impulso que engendra es el anhelo de la ganancia, su imperio arrastra al aislamiento y al esclusivismo, que marchita los sentimientos de unión y solidaridad, en que arraiga y florece el patriotismo. Subordinando, por otra parte, al medro y la grangería el total de complicados intereses de una sociedad, cuanto hace ganar á los carácteres en aspereza y vigor para el trabajo lucrativo, los hace perder en temple y adhesión por cuanto afecta á los derechos, á la honra, á las necesidades morales é intelectuales de una nación civilizada.»

Estudiando el mismo fenómeno sociológico, dice Estrada : « Yo arrojo la mirada en torno mio y contemplo el incremento físico, que la población, la industria y el comercio dan á la República Argentina; veo sus campos cultivados, sus puertos abiertos á todas las banderas, sus ciudades florecientes, en cuyas plazas y calles oigo hablar todas las lenguas del mundo... ¿Sabéis lo que no veo?... el espíritu argentino plasmando esa masa de hombres y de fierezas; ni el potente nacionalismo de otros dias ni la fuerza que puso la república á la cabeza del continente; ni advierto en los grandes aniversarios de la patria aquel unánime gozo que asocia la posteridad á la gloria de sus padres.

« Cuánta mudanza, señores! y que sombríos principios de decadencia, en medio de tanto progreso industrial y tan pasmoso incremento de prosperidad económica. Perdemos en patriotismo cuanto ganamos en población. La cuna de los adalides formidables del derecho en el vasto continente de la América, cae de manos de los argentinos, en manos de indiferentes y de extraños, que compran y venden en las plazas, sin que vibre en sus labios el cantar patriótico, ni en su corazón la gratitud de los hijos á los fundadores de la República».

El fenómeno sociológico que á Estrada preocupaba asume hoy carácteres definitivos y ninguna voz se escucha que formule la viril defensa que aquel entusiasta argentino formuló. Él tenia la pasión de su patriotismo justificado y asi pudo exclamar con sublime arrogancia :

« Nada hay más espléndido que nuestra extirpe latina; ni en venas de seres humanos corrió jamás sángre más ferviente y generosa que la sangre española de las nuestras; ni los orígenes de una nacionalidad irradian, en los anales del mundo, con aureola más fúlgida que la ceñida á la frente de la República Argentina! Tengo orgullo de mi extirpe, de mi raza y de mi patria... »

Con este espíritu llenaba Estrada su nobilísimo ministerio de maestro argentino y sin menoscabo de los que hoy la ocupan, la cátedra de historia patria, tal como Estrada la llenaba, tendrá que esperar aún mucho tiempo antes que el ansiado reemplazante la ocupe, porque, como he dicho, no sólo falta el maestro, á su imagen, sino el concurso de fervorosos oyentes que lo estimulen porque lo comprendan.

La misma juventud actual, la que frecuenta nuestros colegios nacionales, vería con asombros el advenimiento de un pregón de nuestras buenas glorias ya que ha visto sin asombros la exclusión del estudio de nuestra historia en la reforma de los planes de enseñanza que hoy por hoy rigen.

En esta exclusión se advierte otra faz del problema social del presente en que tan diversos factores actúan como intensas laxitudes provocan. ¡ Con qué abrumadores acentos habría vibrado la elocuencia de Estrada si, en su época, se hubiera despojado la enseñanza secundaria del gran prestigio educador que nuestra historia nacional implica, si ante la eliminación no más de la enseñanza del griego exclamaba en un magnífico movimiento de protesta : « Sería insólito que se verificara en silencio, cual si se tratara de cosa insignificante, esta mutilación de los estudios clásicos que en ninguna sociedad se ven comprometidos sin excitar grandes y profundas inquietudes » ; y con qué cristiana resignación hemos visto en el presente que aquél despojo se consumó, estableciéndolo con preceptos de incontrovertible precisión.

Es que en la época de Estrada, él era como el paladín de esa enseñanza que defendida por él se afianzaba y practicada por él se imponía. Hoy... el sillón rectoral de Estrada y de Alcorta, que guiaron á su turno y educaron á la juventud de Buenos Aires, aquel único sillón rectoral, aquella verdadera silla curul, — ¡ con qué profunda melancolía lo digo ! — ha sido reemplazado ante ineludibles exigencias de nuestra población por

varios sillones rectorales ocupados por diversos funcionarios.

No sólo se ha quebrado así la unidad de acción, se ha hecho imposible la coincidencia siquiera de propósitos que mancomunados podrían reemplazarla; pero que no pueden mancomunarse desgraciadamente...

No consigno el hecho para escudar deficiencias: es frecuente que el valor para las ideas acompañe á la conciencia de la propia condición y lejos, muy lejos! de mi espíritu la petulancia de esbozar siquiera un paralelo que en ningún concepto cabe, y no consigno el hecho tampoco con ánimo de aminorar en lo más mínimo el alto relieve que la personalidad rectoral de Estrada ofrece, sino para poner en evidencia uno de los factores que más directamente influyen—como que influyen en la juventud—para la metamórfosis social que indico y que Estrada presintió y contra la cual luchó con todas sus energías de apóstol en defensa del espíritu nacional amenazado por la incorporación violenta de grandes masas extranjeras ante cuyos propósitos y ante cuyas avideces decía: « Ved ahí el peligro y el error que *por incompleta* contiene en su estricto sentido materialista aquella famosa máxima según la cual « en la República Argentina, poblar es gobernar ».

Esta fundada apreciación informa la tendencia dominante en la propaganda educacional de Estrada, cuyo propósito tendía á robustecer el espíritu nacional argentinizando la enseñanza, especialmente en la escuela secundaria, y es incontestable que Estrada estaba en la verdad.

Tomada en conjunto su propaganda de educacionista, puede considerarse bajo tres aspectos bien definidos. Encuadrando su acción de sociólogo dentro del espíritu filosófico que reguló sus actos, quería para la escuela primaria una educación eminentemente religiosa, sosteniendo en descollantes escritos que el alma del niño debía modelarse dentro

de los preceptos de la más severa moral cristiana, y combatiendo sin tregua y sin cuartel el laicismo escolar, llegó á las situaciones extremas á que su fervoroso apostolado lo condujo, y en las cuales sacrificó conscientemente todas sus legítimas aspiraciones de hombre, ante el ara de sus deberes de creyente sincero.

En la enseñanza secundaria y superior reclamaba una educación fundamentalmente argentina y fundamentalmente literaria, atribuyendo á ésta, sobre todo, las mejores adaptaciones para las exigencias positivas de nuestra vida nacional. En apoyo de su tesis, decia: « No conocemos nación que sea gobernada por ingenieros ni por químicos. El día en que un fisiólogo vivisector ha encarnado en Francia las aspiraciones de la revolución y por una de aquellas extravagancias que las naciones pagan con la vergüenza y con la sangre, se ha hecho dueño de la educación pública, ese dia se han visto reproducir, con asombro y dolor del mundo, las locuras y los escándalos que han hecho fracasar en Europa todas las tentativas de organización republicana. Pero sin detenernos en las grandes anomalías, invitamos á los que quieran reflexionar un cuarto de hora, á traer á la memoria el ejemplo de cualquier Estado regular y sólido de la tierra. Aprenderán, entonces, que los hombres de gobierno, cuando el paludismo anárquico no infesta á los pueblos, se recluta entre la gente preparada por el cultivo de la historia, del clasicismo, de la filosofía, y en una palabra de las Humanidades, para las funciones de la política, que no se aprenden calculando la relación del diámetro á la circunferencia, ni pasando una vida, que, por lo demás, puede ser muy útil, en los laboratorios entre hornos y matraces ».

« Si, pues, se examina el mérito de un plan de estudios secundarios en conexión con los intereses sociales y las necesidades políticas de un Estado, cuya forma de gobierno exige

que una vasta porción de la juventud se eduque para rolar con honor y con ventaja común en la clase gobernante, forzoso será tener en la cuenta de un progreso real todo lo que tienda á dar á su parte literaria suficiencia y profundidad. »

Claramente se comprende que Estrada presentia la necesidad ulterior de hombres cuya educación literaria les hiciera aptos para las funciones públicas en una sociedad destinada al acrecentamiento producido en la nuestra por la incorporación de grandes masas de extranjeros y aquel concepto bien puede repetirse y sostenerse hoy mismo en oposición á los que de buena gana cambiarían nuestros beneméritos colegios nacionales en escuelas agrícolas y nuestras facultades de humanidades en clínicas veterinarias, guardando para sí el monopolio de la cultura intelectual y convirtiendo los mejores representantes de nuestra aristocracia legítima en modestos sembradores de cereales!

*Tenemos exceso de doctores!* esta es una apreciación formulada á cada paso y que entraña una grave amenaza para la cultura y el gobierno de nuestra sociedad. Tenemos exceso de doctores argentinos, tal es el concepto innegablemente erróneo. Nuestro país está lleno, así! lleno de abogados y de médicos extranjeros que actúan con éxito personal, porque las necesidades crecientes de nuestra población que se aumenta rápidamente, reclaman el concurso de un número de médicos y abogados muy superior al que emerge de nuestras universidades.

Este crecimiento de población está sujeto á aumentos ó diminuciones determinados por múltiples causas en las cuales forma en primera línea la paz interna y como ésta se afianza, paulatinamente, pero se afianza á medida que la cultura general se difunde, aquel crecimiento seguirá una gradación de ascenso y con él, las necesidades que engendra y que Estrada presentia cuando abogaba por la implantación y manteni-

miento de los estudios de Humanidades destinados á formar los hombres directivos de nuestra sociedad.

¿Pero acaso no está comprendida en aquellas necesidades la de fijar rumbos y sobre todo imprimir carácter á esa sociedad que por factores tan diversos se forma en nuestro país? Es posible el gobierno social, diría más, es posible el ejercicio tranquilo é indiscutible de la soberanía nacional supeditada tal vez á las soberanías parciales de las diversas agrupaciones ó colectividades extranjeras que tanto incremento toman y que tan hábilmente se amparan en las acaso excesivas atribuciones que la tradición ó un mal entendido interés les adjudica? Ya no tenemos sociedad genuinamente argentina; no tenemos todavía una bien definida educación argentina; la misma legislación argentina se forma consultando en primer término los intereses extranjeros, mientras el espíritu argentino se diluye gradualmente en el creciente oleaje del extranjerismo, — que por otra parte tantos beneficios materiales nos aporta.

Seria insensato reprimir ó restringir el advenimiento de esa gran masa de extranjeros que no sólo nos traen estímulos de perseverancia, de trabajo y acaso de orden sino que á su esfuerzo principal se debe y se deberá siempre el incremento de las industrias nacionales que constituyen la riqueza pública en nuestro país; pero es innegablemente premiosa su asimilación íntima á nuestra existencia social para darle á ésta cohesión y encauzar las tendencias colectivas hacia fines de grandeza nacional uniformando todos los esfuerzos y afianzando por esa vía todas las conquistas.

Comprendiendo que acaso no basta para ello un sistema de preceptos legales y que la asimilación puede activarse por la influencia directa de un acendrado espíritu nacional, pues como lo dije en otra ocasión: « el día en que el último argentino sienta orgullo de serlo, propenderá á justificar su orgullo

cooperando en su esfera al mejoramiento colectivo », comprendiéndolo así, decía, Estrada aplicó sus vehementes energías á intensificar el espíritu nacional haciendo de este propósito la más brillante faceta de su múltiple actuación.

A tal fin tendieron sus vibrantes conferencias sobre historia argentina en las que daba particular realce á sus episodios por la galanura y precisión de su estilo, por la virilidad en el acerto y por la sinceridad del intenso patriotismo que lo alentaba.

Con él desarrolló su fecunda acción rectoral en esta casa, marcada por conferencias, cada vez que las circunstancias lo aconsejaban; por sus fecundas lecciones diarias de eximio maestro y sobre todo, por el jamás traicionado ejemplo de su integérrima moral de ciudadano. Por eso en el desfile de los rectores de este colegio, deberá decirse siempre al aparecer Estrada, las palabras con que un general argentino saludaba al regimiento 1° de caballería: « el primero en su número y en sus glorias »!

Volviendo sobre el desconcepto en que han caído las profesiones liberales, — desconcepto que tiene sus puntas de exótico, pues que en Francia, y con razón allá, se planteó el problema tan fácilmente trasplantado á nuestro medio social en gestación, — se advierte que anticipándose Estrada á este desconcepto, abogaba por la divulgación y sostenimiento de aquella enseñanza, atribuyéndole acertadamente los beneficios ulteriores que la informan; pero quizás extremó la nota de su defensa cuando entró en el campo de la enseñanza científica hoy tan sólidamente afianzada en el mundo.

« El problema concreto, decía Estrada, no es por consiguiente, de exclusiones ó inclusiones: es de proporción y distribución; es de limite y armonía. Su resolución consiste en no trasladar del dominio de las *Humanidades* al de las *Matemáticas* y *Ciencias Naturales* el fundamento de una

educación que si se ha de proporcionar á sus fines, necesita desarrollarse en torno del núcleo de conocimientos que atañen directamente al hombre y no á las cosas, y consistir en ejercicios que despierten y robustezcan las facultades superiores de la inteligencia ».

Atribuir un lugar relativamente secundario á la enseñanza científica, puede parecer, cuando menos, aventurado ante el criterio actual que por las largas experiencias educacionales, da, en otros países, un sitio de preferencia bien merecido á la enseñanza de las ciencias naturales y matemáticas. Éstas, especialmente, tienen una función principal en la formación del carácter, no sólo porque cada una de sus verdades absolutas se apoya en otra verdad anterior, pues toda esta enseñanza en verdades se escalona, sino porque estimula poderosamente las facultades deductivas disciplinando la mentalidad del niño en el hábito forzoso de establecer la verdad, sin tolerancias que no encuadran en su condición axiomática.

Acentuando su tesis en favor de la enseñanza clásica pura, decia Estrada : « Suprimase, ó aménguese indefinidamente, que viene á ser poco más ó menos igual, el cultivo de las lenguas, no de cualesquiera, sino de las lenguas susceptibles de ser penetradas en todo su organismo, admiradas en formas definitivas, saboreadas en su altisima belleza artística, es decir, las lenguas muertas: elimínese la Historia, proscríbase ó mutílese la Filosofía... ¿Con qué serán reemplazados sus raudales de luz? ¿En qué ejercicios mentales se empleará la juventud que en igual grado impriman energía á su imaginación por el contacto de la belleza, á la razón por la inquisición de la verdad, á todas las facultades por su estimulante aplicación? ¿En las verdades groseras de la Geometría, como las llamaba Pascal, que no ha sido el último matemático del mundo? ¿En lenguas que por ser vivas no tienen gramática?»

Me he permitido establecer siquiera sea someramente algunos caracteres de la enseñanza científica que acaso no condicen con los que Estrada le atribuía, y como cumple á mi sinceridad de juicio emitirlo sin reserva ya que no debe ser excluido por el acendrado respeto que el gran maestro me inspira, creo que el mismo Estrada en su alta capacidad modificaría algo sus ideas sobre el valor de las lenguas muertas en oposición á la enseñanza de las lenguas vivas que tanta aplicación tienen en nuestra sociedad actual y que á tantas exigencias satisfarán dentro del desarrollo ulterior de nuestra vida económica.

Hoy las energías se aplican á la solución de los problemas del mañana y la transitoriedad de la vida, el vértigo en que la existencia humana se desarrolla, activado por el concurso simultáneo de muchas fuerzas, de premiosas exigencias y de explicables egoísmos, poco tiempo concede para el estudio de aquellas lenguas madres que sólo aportan al espíritu la armonía de sus bellezas en la galanura de sus formas; pero que no constituyen un arma para la lucha diaria ni un vehículo para el intercambio de intereses.

Como elemento de deducción intelectual, sin duda merecerán las lenguas muertas un sitio de honor, pero es acaso tan secundario en el presente ese poderoso refinamiento de cultura puesto frente al valimiento positivo que implica el dominio del idioma francés, del alemán ó del inglés, que bien dijo con respecto á éste un ilustre pensador argentino contestando quizás á las teorías de Estrada: « El idioma inglés, como idioma de la libertad, de la industria y del orden, debe ser aun más obligatorio que el latín; no debiera darse diploma, ni título universitario al joven que no lo hable y escriba. Esta sola innovación obraría un cambio fundamental en la educación de la juventud ».

Por mi parte, estudiando esta misma cuestión en la confe-

rencia que di aquí el 3 de junio del año pasado decía : « ... el conocimiento circunstanciado de la geografía argentina en todas sus fases y períodos; de la historia nacional, dentro del método desarrollado recientemente en la última conferencia dada en este colegio ; de las matemáticas, esa gran ciencia reguladora del cerebro y aun de la voluntad, estudiadas á conciencia y con toda la detención posible ; de un idioma extranjero, el inglés de preferencia... etc., etc., » cita que me he permitido para evidenciar que no son de ahora mis ideas al respecto, no reformadas aún porque no he encontrado ó quizás no he comprendido la razón para modificarlas.

El plan de enseñanza literaria que Estrada pregonó con tan buenas razones, conexionado con la enseñanza científica, que el grado del progreso actual reclama, y con el intensivo estudio de las lenguas vivas, dando en éstas la preferencia al idioma inglés, sintético y preciso, ha de constituir, posiblemente en breve, el plan definitivo de la enseñanza argentina en consonancia con nuestras necesidades sociológicas, con las que engendran nuestras idiosincrasias nativas aun en pie y con nuestros destinos futuros que ya se levantan, como un sol, sobre la línea de nuestros horizontes.

No me corresponde á mí juzgar á Estrada como personalidad política en su actuación militante de cierta época, ni como propagandista de ideas que formaron su culto, y en las cuales se reveló, como en todo, su alma apasionada y ardiente que no sabía ó que no podía amar á medias y que creyendo sinceramente estar en la verdad entera, se habría creído culpable de debilidad ó de defección si no la transmitía á sus discípulos tal como la veía, viva y palpitante, exponiéndola con tonos cálidos, de acuerdo con aquella observación tan apropiada en que decía « las aguas tibias no tienen frío ni calor », ó cuando hacía notar que « ninguna nación ha puesto el gris entre los colores de su bandera. Los tintes vivos son los

únicos símbolos dignos del coraje y del honor de los pueblos». Pero acaso no me sería permitido pasar por alto toda una faz de su existencia, que se vincula también é íntimamente á la enseñanza que Estrada abrazó como un sacerdocio.

Quiero referirme á sus magníficas lecciones de derecho constitucional que son á la vez lecciones históricas y morales, impregnadas de sano patriotismo, en que se aprende, con la ciencia, á amar la libertad y aborrecer la tiranía. La vasta y sólida erudición de Estrada en historia general y en filosofía aportaba á sus lecciones de derecho un capital de ciencia que e permitía concordar, en el más cumplido paralelismo, el derecho constitucional argentino y sus fuentes originarias, para establecer asi, dentro del método y de la claridad que en la exposición lo distinguían y á favor de su poderosa é incontaminada facultad interpretativa, el alcance justo y recto de todo precepto constitucional.

Nadie como Estrada poseyó el dón de convertir la enseñanza en una obra vivaz y fecunda. En la de Estrada aparece la sociedad argentina abriéndose paso instintivamente, luchando con los obstáculos que le cerraban el camino y que nacian sin duda de sus propios hábitos y tradiciones, de su educación colonial ó su consiguiente incapacidad republicana, de su espíritu anárquico y aún de su heroismo indomable, — que todo ello constituía nuestra herencia en oposición á la que cupo á aquella otra democracia del norte, que hemos pretendido imitar, tan disciplinada y pacífica, como consciente y viril, para la que fué sólo un accidente la lucha por la independencia, que en el sud y entre nosotros especialmente, planteó con caracteres y consecuencias pavorosos el problema de la organización, haciendo degenerar la libertad en demagogia y la idea de orden y gobierno en tiranía !

Nadie como Estrada ha establecido los caracteres de este fenómeno social estudiando sus causas y previniendo sus

efectos; porque nadie como Estrada ha expuesto la ciencia constitucional en sus eruditas lecciones de derecho, con un criterio más filosófico, más peculiar y característico de la nacionalidad á que se aplica.

Su enseñanza de nuestro derecho constitucional ha dejado una huella profunda por eso mismo y constituye el monumento que más contribuirá á perpetuar la memoria del eminente profesor á quien muestra de pie, representando íntegramente su descollante personalidad moral.

Maestro, sociólogo, historiador, filosofo, publicista, orador, literato, moralista, patriota, todo en él se aduna y recíprocamente se completa, y los errores á que su condición humana pudo llevarlo, acaso, en otros, sirvieran de prestigios.

Señores:

Este modesto homenaje que rindo á Estrada y que tan abajo de la intención y del motivo está, se prolongará en el tiempo por un acto de justicia, que quizás lo completa.

En este mismo sitio daba Estrada sus conferencias y dictaba su cátedra, aun vacante. Por indicación del señor ministro de instrucción pública, doctor González, aquí presente, este salón desde hoy llevará el nombre de Estrada.

He terminado.


LIBRARY
MAY
17
1977

